

guerra en la proclama que dirigió en Veracruz á los mexicanos el 24 de Septiembre, expidió el decreto en que declaró: "que el gobierno constituido por el general Almonte sin el concurso de la Nación, no tenía, de ninguna manera, la aprobación de la Intervención francesa, y prevenía en seguida al mismo Almonte que disolviera el ministerio que creó; que se abstuviera de dictar leyes y decretos; que dejara el título que tomó de Jefe Supremo de la Nación y le ordenó además que se limitara en lo sucesivo, del modo más estricto, á las instrucciones del Emperador referentes á proceder en tanto como fuere posible, con los otros generales mexicanos acogidos á la bandera francesa, á la organización del ejército mexicano. Tal decreto demostró un cambio en los medios de que se valiera la Intervención francesa, ya que no en los fines. La conducta observada con Almonte indicaba desde luego, que no se le consideraba útil y que no había sido bien visto su proceder por Napoleón. En Veracruz había querido Almonte organizar un gobierno nombrando gobernador á Don Manuel M. Serrano; luego había destituido á éste y nombrado en su lugar á D. Adrián Woll; pero el general Forey contrarió lo hecho y designó á Serrano alcalde de la ciudad de Veracruz y su distrito.

Al desembarcar Forey, observó que la bandera mexicana no flotaba en la azotea del palacio municipal; mandó enarbolarla y que fuera saludada. No se comprendía la significación de ese hecho; después que Napoleón III había desaprobado como contraria á la dignidad de la Francia, una convención en que se estipulaba enarbolar el pabellón mexicano al lado del francés y después que el ministro sin cartera Mr. Billaut dijo en el cuerpo legislativo el 26 de Junio, que la bandera mexicana no había jamás debido figurar cerca de la francesa.

El haber hecho á un lado á Almonte, ningún resultado favorable dió á la causa de Napoleón, ni allanó alguno de los obstáculos que la Intervención encontraba en su camino; por el contrario, hirió á los partidarios que tenía en México é introdujo la división y el desaliento en el partido reaccionario, de por sí ya muy débil aun estando unido, al notar que hacían á un lado y dejaban como mueble inútil, nada menos que al que en aquellos momentos era el centro y la esperanza de las fuerzas activas de la reacción, que en la conducta de Almonte se figuraba ver un reflejo de la política napoleónica.

En ese mes de Septiembre estaban casi terminadas las fortificaciones en Puebla y se consideraba suficiente la guarnición para resistir á la fuerza que la atacara; se tenía la resolución de que, si Puebla sucumbía, se haría la defensa de la capital mexicana hasta el último extremo, pues también en ella estaban muy adelantadas las fortificaciones. Todos los Estados mandaban su contingente de tropas y el general Comonfort marchaba llevando fuerzas fronterizas; el coronel Rojas las de Jalisco y algunos jefes reaccionarios manifestaban su adhesión á Juárez. El Congreso tomaba parte en ese movimiento, autorizando ampliamente durante la guerra al Presidente Benito Juárez y concediéndole recursos. El ejército francés, fuerte en más de veinte mil hombres, no avanzaba esperando el invierno y la llegada de sus trasportes que sacó parte de Cuba y parte de Nueva-York.

La prensa de los Estados-Unidos consideró un ataque directo á la República la proclama de Forey, según lo publicó el "Herald" de Nueva-York, puesto que los Estados-Unidos eran los que debieron quedarse con el territorio que cedían algunos mexicanos; echábanle en cara al general Forey haber contribuido á la conquista de Argelia, en la cual, entre otros recursos, se apeló al medio de asfixiar á un gran número de árabes en una cueva, á cuya entrada se prendió fuego; se le reprochaba que había tomado parte en el golpe de Estado que acabó con las libertades de la Francia, á la cual amenazaba ese periódico para cuando los Estados-Unidos hubieran concluido con sus dificultades domésticas.

Cuando Mr. Corwin urgía al gobierno de México para el pago de reclamaciones, principalmente una relativa á la casa de moneda, su gobierno le ordenó que por entonces no insistiera en el pago de lo reclamado; á la vez aseguraba Mr. Seward al ministro de México en Washington, que concluyendo la insurrección del Sur "entonces verían lo que se hacía," considerando el asunto de México una cuestión futura cuyo tiempo de resolución no había llegado todavía.

El 10 de Octubre salieron de Orizaba para embarcarse en Veracruz, todos los enfermos, heridos y convalecientes del ejército expedicionario. Abasteciase Orizaba con reses llevadas de Monte-Blanco, donde fué puesta una guarnición francesa; en esa ciudad se notaba grande agitación en la casa de Almonte, queriendo que se nombrara un general en jefe de las fuerzas mexicanas, antes de que llegara Forey. Desconcertados andaban todos con las disposiciones del general francés, principalmente por la que destituyó á Almonte y que le fué anunciada de oficio al interesado; los soldados procuraban desertarse y los jefes estaban sin brújula. Forey pasó una circular á los cónsules extranjeros, anunciándoles que serían desterradas á la Martinica las personas que tuviesen correspondencia con el enemigo; por otra circular les prohibió usar sus sellos en correspondencia que no fuera puramente oficial. También el alcalde mayor Don Manuel M. Serrano prohibía cualquiera inteligencia con el enemigo bajo pena de deportación á la Martinica, y la portación de armas sin permiso de la autoridad. Almonte fué á conferenciar con Forey, sin lograr que se cambiara cosa alguna de lo determinado.

Los franceses seguían sufriendo falta completa de trasportes que esperaban de los Estados-Unidos, habiéndoles retirado en el Estado de Veracruz hacia el Interior todas las mulas y caballos. Muchos de los soldados franceses que desertaban se iban presentando al general en jefe del ejército de Oriente. El general González Ortega nombró comandante militar del Estado de Veracruz al coronel Don Manuel Díaz Mirón, á cuyo nombramiento se opusieron los que opinaban por la sucesión del orden constitucional. En Perote hubo otra asonada militar que fué sofocada violentamente por el general García; los promotores fueron fusilados y se dispuso quintar á los artilleros sublevados. Por entonces llegaba á la República el general Ghilardi para prestar sus servicios en la guerra extranjera y fué nombrado prefecto de Acapulco por el gobernador del Estado de Guerrero. La prensa clamaba porque comenzaran las hostilidades y censuraba la quietud en que estaba el ejército de

Oriente, como si los franceses no ocuparan ya algunas poblaciones de la República. También en Alvarado hubo un motín contra los jefes Larragoiti y Gastañaga que fueron presos y destituidos del mando. En Jalos derrotaba el cabecilla Bueyes-Pintos el contingente de Jalisco que iba á las órdenes de Don Urbano Gómez, lo que envalentonó á las nuevas gavillas reaccionarias de aquel rumbo; Río-Verde era ocupado por Larrauri, con fuerzas de Mejía.

La llegada de Forey indicó, más que un cambio en la política francesa, la indefinida ocupación militar de México. Sus declaraciones produjeron desde luego la disolución del ministerio de Almonte, al que se le veía con desprecio. Al ser destituido Almonte por el general francés, ya era reconocido como Jefe Supremo por los generales Woll, Márquez, Liceaga, Herrera y Lozada, Herrán, Zires, Andrade, Vicario, Taboada, Gálvez, Gutiérrez, Tamariz, Mejía, Espejo, Chacón, Caamaño y los graduados Quintanilla, Gándara, Tovar y López; los coroneles Olvera y Montañó y el teniente coronel Galván. Los intervencionistas hacían esfuerzos para conseguir que defecionaran las tropas del ejército de Oriente y de ello provinieron las sublevaciones que dieron ocasión á sangrientas ejecuciones; también fueron fusilados varios de los que introducían víveres á Orizaba.

Al anunciar "La France," órgano de la política imperial, la destitución de Almonte y la declaración de nulidad de todos sus actos gubernamentales, dijo que tales medidas habían sido acogidas con universal entusiasmo y que en ellas había consumado Forey un acto enteramente conforme á los principios que guiaban la política francesa. "La Francia, dijo aquel diario, no ha ido á aquellas remotas playas á defender intereses particulares, ni ambiciones personales. En México como en Italia y como en todas partes, la Francia se muestra con sus principios prudentemente liberales."

Cuando el general en jefe Forey llamaba, en nombre del Emperador, sin distinción de partidos, á los mexicanos que quisieran la Independencia de su Patria y la integridad de su territorio, el partido republicano, inspirándose en los hechos históricos, recordaba que era costumbre de todo invasor presentarse como amigo generoso para trabajar por el bienestar del país invadido, y no podía admitir que le calificasen de no tener conciencia, aquellos que no habían cuidado de declarar previamente la guerra y que sin escrúpulo habían quebrantado solemnemente compromisos. Las esperanzas de los republicanos se alentaron con el desconocimiento de Don Juan N. Almonte. Los reaccionarios vieron en esto un mal síntoma, y aunque la mayoría de ellos seguía abrigando la creencia de que serían protegidos por los franceses, se introdujo la confusión en sus filas y muchos se sometieron al gobierno liberal, haciéndolo desde luego de una manera ruidosa Larrauri, Butrón y Marroquín, cabecillas de nombradía, cuya sumisión aunque no se creyó decisiva ejerció influencia moral entre los intervencionistas; ese paso de Forey, desgranando al partido que había llamado y apoyaba la Intervención, fué el primero en la serie de otros muchos de igual naturaleza que se repitieron hasta la caída del Imperio. Vaciló aun el mismo Mejía, columna la más firme del partido reaccionario, inter-

nado en las inaccesibles montañas de la Sierra, en las que se estrellaban las más bien organizadas fuerzas que iban á batirlo; pero su mutismo y cierta abstención duraron muy poco.

Posesionados los almontistas de la isla del Carmen, habíase reducido á la nulidad el comercio de cabotaje en Yucatán y Campeche; además, la presencia de los buques franceses en aquellas costas, alentaba á los partidarios de la monarquía y tenía en inquietud á los pueblos, ya tan alarmados por la sublevación de los indios. Esta situación daba por resultado que la hacienda pública en Yucatán estuviese muy recargada y que se desarrollaran trabajos en favor de la Intervención. La guerra que hacían los indios era aterradora; quince años llevaban ya los extensos desiertos yucatecos de cobijar entre sus bosques y breñales á ese enemigo, sin que bastaran los grandes sacrificios de hombres y dinero para contener la audacia y ferocidad de los instintos salvajes. También subsistía desde mucho tiempo atrás allá, la guerra civil con su cortejo de rencores, recriminaciones y desaciertos. En tales condiciones no podía ser indiferente aquella parte de la República á la Intervención, esperando que algún acontecimiento inesperado la salvase del estado enfermizo en que se hallaba y le quitara el peso abrumador de la guerra de castas y de la guerra civil.

Forey había salido de Veracruz para Orizaba el 12 de Octubre, escoltado por un batallón de cazadores de Vincennes; dejó encargado del gobierno militar de la ciudad al capitán de navío Saint-Amant y la administración de la Aduana á cargo del cónsul Doazan. En Córdoba le dió el Ayuntamiento un convite de cincuenta cubiertos. Al entrar Forey á esa ciudad, el pueblo se agrupó en espesa valla detrás de la que los franceses habían formado. En el banquete que de antemano estaba dispuesto para obsequiar á Forey y su Estado Mayor, volvió á asegurar este jefe que las intenciones y fines de la Intervención eran en favor de México, á cuyo objeto tendían las simpatías del Emperador, quien sentía profundo pesar por las desgracias que ocasionaba la dominación de Don Benito Juárez, á la que calificó de tiránica y demagógica. En este banquete estuvieron Márquez y otros jefes de las fuerzas aliadas, así como varios vecinos de la localidad. En una arenga que Forey dirigió á las tropas, dijo á los que mandaba Márquez: "no os avergoncéis de encontraros mal vestidos; el ejército francés lo ha estado también y ha regresado en esta condición lleno de gloria, de Crimea é Italia. Vuestra condición cambiará y seréis dignos por vuestras virtudes de marchar con el ejército francés á dar vida, paz y prosperidad á vuestro país." Recomendó á los franceses la más severa disciplina y respeto á los mexicanos y á las propiedades, sin distinción de colores políticos.

Cuando se recibió en Orizaba aviso de que Forey entraría allí el día 24, fueron convocados los barrios y los pueblos inmediatos con sus músicas, se levantaron multitud de arcos cubiertos con flores, desde la entrada de Escámela hasta la casa destinada para alojamiento del general, la cual fué amueblada por cuenta del Ayuntamiento. Al amanecer de aquel día las calles por donde había de entrar Forey esta-

ban llenas de curiosos; veíanse las representaciones de los pueblos y los barrios desde Escamela hasta la garita; el ejército francés formó valla desde el puente de Gallardo hasta la casa destinada al general; la artillería para las salvas estaba al otro lado de ese puente. Forey se alojó en la casa del Sr. Lama y en el balcón vió desfilar las tropas que habían salido á recibirle.

La entrada se verificó á las diez de la mañana; salió desde las seis á recibirlo Almonte vestido de uniforme, á caballo y seguido de su Estado Mayor; á las ocho salieron con el mismo objeto el Ayuntamiento, el obispo Ramírez y otras personas; un cuarto de hora después partía Laurencez también con su Estado Mayor. Los municipales iban en carretelas precedidos por los maceros; las músicas de los indios tocaban y lanzaban cohetes. Almonte, seguido de un escuadrón perteneciente al regimiento de caballería que llevaba el nombre de "Puebla," avanzó hasta un punto llamado el Cacalote y al entrar á Orizaba ocupó un lugar á la derecha de Forey, la escolta que llevaba se formó en batidores abriendo la marcha de la columna. En la garita de Escamela le dieron la bienvenida el Ayuntamiento, el señor Obispo y el cura párroco. Al contestar al jefe político Tamariz le dijo entre otras cosas: "que había visto por sí mismo confirmados los informes dados al Emperador acerca de la situación de este desgraciado país, en el que no hay caminos, no hay poblaciones, todo es un desierto; el país está asolado por la anarquía y por las guerras civiles de cuarenta años." Repitió que traía la oliva de la paz; deseaba la unión de todos y que desaparecieran los nombres de reaccionarios, moderados y rojos, debiendo trabajar todos en la obra digna y meritoria de regenerar á su país bajo la protección del glorioso pabellón francés. Dijo que el ejército no venía á imponer á México un gobierno contrario á los deseos de los mexicanos, ni á apoyar á ninguna persona ni á combatir ningún partido, si no era el de Juárez y sus adictos, porque tiranizaban la voluntad de los verdaderos mexicanos; que le derribaría aun cuando fuese necesario dar batallas y plantaría triunfante en la capital mexicana el victorioso pabellón de la Francia; entonces llamaría á todos los mexicanos verdaderamente amantes de la independencia de su Patria, sin distinción de partidos, á los "que habían aceptado la Intervención francesa y que fueran dignos intérpretes de la opinión nacional, para que constituyesen libremente, sin la opresión de la demagogia, la forma de gobierno sólida y estable que les conviniera." Cualquiera forma de gobierno que eligiera el pueblo mexicano, sería protegida por la Francia, con tal que ofreciese estabilidad y diera las convenientes garantías de orden á nacionales y extranjeros y al mundo comercial; tales eran los votos del Emperador, siendo la misión de Forey el ejecutarlos, para lo cual estaba enteramente resuelto. Concluyó refiriendo que al despedirse del Emperador le dijo éste: "dad á ese desgraciado país paz y prosperidad," y que él había contestado: "se la daré ó moriré en la demanda."

Poco después fué Forey á almorzar con Laurencez y mandó citar para las tres de la tarde á Almonte y Saligny, con quienes conferenció hasta las seis. Media hora después se dirigió vestido de gran uniforme cubierto de condecoraciones y con



*Monseñor Fray Francisco Ramírez*

Obispo *in partibus*. Hallábase en el territorio mexicano desde el principio de la Intervención francesa. Presentado en Orizaba á Forey, le declaró éste que todo lo relativo á las leyes de Reforma pertenecía á los hechos consumados que la Francia había de sostener. Fué el Señor Ramírez miembro de la Junta de Notables y del Consejo de Estado que creó Maximiliano; formó parte de la comisión enviada á Roma en Febrero de 1865, para dar al Santo Padre satisfacción por lo ocurrido con Monseñor Meglia y reanudar las relaciones con la Corte romana; pero no siendo recibida oficialmente, nada pudo arreglarse.